

Otra inclinación todavía más fácil de justificar es el cuidado del propio honor. En sí, es no solamente lícito tener en más el honor que todos los demás bienes exteriores; hasta es un deber, pues más que todos ellos vale al hombre. ⁽¹⁾ Por eso no condenaremos con demasiada severidad á quien, por un ataque injusto hecho á su honor, se encoleriza con alguna viveza á juicio de espectadores desinteresados y que por lo tanto ven las cosas á sangre fría. Es una debilidad humana, y en fin de cuentas, una de las más comprensibles.

Pero ¿á dónde condujo con frecuencia, y á dónde conduce todavía en nuestro tiempo? ¿Es una debilidad humana concebir, sólo por una palabra pronunciada irreflexivamente, un odio mortal, que, aún después de algunos años, no quiere oír hablar de reconciliación? ¿Es una debilidad humana el que, por la más leve ofensa hecha al honor, hombres sin educación se encolericen hasta el punto de coger la primera arma mortífera que hayan á mano, para restablecer su reputación? ¿Es también una debilidad humana el que personas instruídas, imitando al más grosero espadachín, se maten á sangre fría, reflexivamente, según convenciones fijadas de antemano conforme á lastimosas y antiguas reglas del arte de batirse? ¿Es una debilidad humana llamar honrosos ésos homicidios? El árabe que recibe riendo, como signo de honor, un golpe en la frente, aunque le haga rodar por el suelo, considera la bofetada como insulto que únicamente puede lavar la sangre. ⁽²⁾ Un niño á quien su padre infirió esa humillación por una grosera desobediencia, cogió al punto su *dschembiye*, y de un golpe tendió en tierra, sin que nadie le censurase por ello, á quien le había dado la vida: el honor herido del joven justificó su conducta en presencia de todo el pueblo. ⁽³⁾

Al chino, porque también el chino tiene su honor y muy sensible, le basta una palabra vejatoria para ahorcarse del

- (1) Sto. Tomás, 2, 2, q. 129, a. 1; 2, 2, q. 103, a. 1 ad 2.
 (2) Wrede, *Reise in Hadramant*, 156 y sig.
 (3) Wrede, *loc. cit.*, 238.

primer árbol ó arrojarle al primer pozo que encuentre; y la opinión pública exalta su valor, porque prepara así dificultades ante el tribunal á su enemigo, de quien sin eso no podría vengarse. ⁽¹⁾ Á nosotros nos causa risa; entre nosotros, un joven mata á su amigo de un pistoletazo, en presencia de testigos y según todas las reglas del arte, solamente porque el desdichado pisó sin intención la pata al perro de aquél; y la gente distinguida aplaude al asesino, en tanto que mira con desprecio á la aldeana que riñe con su vecina, porque uno de sus pollos saltó el seto de su huerto. ⁽²⁾

¿Cuál de esas hazañas heroicas del honor dejó más lejos de sí la debilidad humana? ¿Quiénes son los que más se extraviaron en los dominios de la inhumanidad? Nos abstendremos de comparaciones: en todo caso podremos ver á dónde conducen las debilidades humanas cuando leemos que esta manía del duelo, practicado como una verdadera ciencia, desde el advenimiento de Enrique IV hasta 1607, por consiguiente, en un período de trece años, arrebató en Francia por lo menos cuatro mil nobles ⁽³⁾ á los brazos de sus padres, de sus esposas, de sus hijos, llevándolos ante el tribunal de Dios; y que en tiempo de M. Olier hubo, en la sola parroquia de San Sulpicio, en una sola semana, diecisiete muertes causadas en duelo. ⁽⁴⁾

A la verdad, haríamos bien en vigilar nuestras pretendidas debilidades humanas, y de ser con la palabra sacrosanta debilidad humana mucho más circunspectos que lo somos de ordinario: una pequeña debilidad, una tendencia que nos parece poco inocente, basta para hacer de nosotros, en muy poco tiempo, verdaderos monstruos.

También el dinero es una cosa mala; y los motivos para estimarlo son tan numerosos, que frecuentemente se les

- (1) Huc et Gabet, *Voyages dans l'empire chinois*, 124 y sig.
 (2) Cantú-Lacombe, *Histoire universelle*, (3) XVI, 135 y sig.
 (3) Wachsmuth, *Europ. Sittengesch.*, V, 1, 513.
 (4) Helyot, *Gesch. der geitlich. Orden*, VIII, 161.

mira desde el punto de vista de una pequeña debilidad humana. ¡Pero á dónde conduce frecuentemente esta pasión á sus esclavos! Nada es peor que amar el dinero. El que lo hace, vendería su propia alma, porque durante su vida se ha despojado de todo sentimiento de humanidad. ⁽¹⁾ Así habla la Sagrada Escritura, y el poeta dice: «¿A qué no obligas á los mortales, execrable sed de oro?» ⁽²⁾ Aquel mercader de Amsterdam que traicionó á su patria, se excusa con estas frías palabras: «El comercio debe ser libre. Si fuera necesario atravesar el infierno por el lucro, expondría mis buques á ser quemados». ⁽³⁾

Y ¿por qué no haría traición á su patria el hombre, cuando por unas cuantas monedas sacrifica su salud, su vida, su tranquilidad, su conciencia, su alma? ¿Qué decimos? ¡Su alma! En su avidez por la ganancia, hasta sacrifica almas inocentes, las almas de sus propios hijos. Parece que no habría de haber madre que no abriese, como el pelícano, su pecho agotado para aplacar con la última gota de su sangre el hambre del niño que llevó en sus entrañas. Sin embargo, el que desee conocer la verdad, que vaya al teatro de los crímenes más inhumanos que hay, que vaya á los emporios del comercio de carne humana en Europa, á París, á Viena, á Berlín, á Pest, á Hamburgo. Allí verá con sus propios ojos lo que el corazón y la razón se resisten á creer; madres entregando al vicio, por dinero, á sus propias hijas, y por dinero también, acompañarlas en el vicio. ⁽⁴⁾ Todavía no hace mucho tiempo, y esperamos que no sucederá lo mismo en lo sucesivo, después de la cruzada de Stead contra el moderno babilonismo, que, en la ciudad de los millones, se veía todos los lunes y todos los martes de seis á siete de la mañana, en pleno mercado público, entre Spitalfields y Bethnalgreen, madres que vendían á sus hijas de siete á diez años, á tejedores

(1) Eccli., X, 10.

(2) Virgil., *Æn.*, III, 56, 57.

(3) Kampen, *Geschichte der Niederlande*, II, 84.

(4) Cettingen, *Moralstatistik*, (3) 216 y sig.

de seda y á otros aficionados. ¿Con qué fin? Era sabido por todos. ⁽¹⁾ Á eso conduce la sed de riquezas.

6. Los monstruos de la humanidad no son tan difíciles de comprender ó de igualar.—Según lo que acabamos de decir, todos admitirán que los monstruos de la humanidad, de que habla la historia, no son tan difíciles de comprender como á veces creemos; frecuentemente es pequeña la distancia desde las debilidades hasta la inhumanidad. Para echar un puente sobre ese abismo, inmenso en apariencia, no hay más que excusar la llamada debilidad humana, ó continuar cultivándola como cosa permitida, y pronto queda el puente concluído. En Marión Delorme, Víctor Hugo describe un joven de veinte años escasos, cansado de la vida, porque había apurado hasta las heces la copa de los placeres. Pero, naturalmente, no estaba saciado: ve á una criatura que no conoce y que le llama la atención, y de repente el demonio revive en él. Ciertamente es que se reprocha el empañar con su hálito impuro el azul de aquella alma angelical, si acaso lo es; sin embargo, precisamente eso le estimula: únicamente la esperanza satánica de poder envenenar un corazón puro puede todavía prestar algún encanto á su pasión. Hasta entonces jamás había hablado á Marión, y ésta nunca le había visto. Por fin la encuentra, y se arroja á sus pies con estas palabras que Stenio repite después de él en *Lelia*: ⁽²⁾ «¿Deseáis algo, y necesitáis alguien que muera por ello, que muera sin decir palabra y encuentre bien pagada toda su sangre con una sonrisa? ¿Le necesitáis? hablad, ordenad, heme aquí». ⁽³⁾

Y todavía ese joven era, entre todos los héroes que han sabido conquistar á las novelas y á los dramas de Víctor Hugo el entusiasmo de su época, uno de los tipos más insípidos y mezquinos, un pigmeo en comparación de tantos otros como las demás obras suyas nos dan á conocer.

(1) Cettingen, *loc. cit.*, (1) 467 y sig, Marx, *Kapital*, (3) I, 361.

(2) G. Sand, *Lelia*, 27.

(3) Victor Hugo, *Marion Delorme*, 1, 3.

Pero ¿qué hablamos de novelas? ¿Acaso la historia no las sobrepuja á todas? ¿Qué son todos esos héroes de novela, vaporosos, inverosímiles, ante esas fisonomías, desgraciadamente demasiado reales, de Tiberio y de Nerón, de Ezzelino Romano, de Bernabé Visconti, de Segismundo Malatesta, de Werner de Urslingen, que había hecho grabar en su escudo de plata estas palabras: «Enemigo de Dios, de la compasión y de la piedad»,⁽¹⁾ de Giles de Laval,⁽²⁾ de los jefes de la gran Revolución, de Marat, de Collot d'Herbois, de Carrier, de Hébert y de tantos otros? ¿Qué poeta dramático sería capaz de crear, en su fantasía, un carácter como Luís XI, tan hipócrita, tan astuto, tan traidor, tan engañoso, tan cruel, que podríamos creer encontrarnos con una serpiente grotesca más bien que con un hombre? ¿No podría temer ser tachado de exageración un autor si imaginase un hombre tan voraz como Vitelio ó Fago, el bufón de la corte de Aureliano, tan desaseado como el ilustre Vendôme, de tan bajo carácter como Francisco de Chartres, conocido por Lichtenberg, cuya inscripción funeraria dice que fué el mayor pillo que se conoció?⁽³⁾ ¿Quién podría describir el carácter de una mujer perteneciente á la clase más elevada, y de época bastante reciente, el carácter de la horrible Isabel Bathori-Nadasdy? Sabido es que la mujer, cuando se extravía, es peor que el hombre; pero que pueda caer tan profundamente como ese monstruo que asesinó cerca de seiscientas jóvenes para rejuvenecer con su sangre su belleza ajada, parecería increíble, si no constara por seguros testimonios.⁽⁴⁾

Lo más terrible que hay es que no resulta muy difícil imitar á esos monstruos. Quien conozca al hombre, debe confesar

(1) Burckhardt, *Cultur der Renaissance*, 453.

(2) Gærres, *Mystik*, IV, 2, 462 y sig. *Biographie générale par Hæfer*, XLL, 497 y sig.

(3) Lichtenberg, *Erklärung zu Hogarths Zeichnungen* (Stuttgart, 1840), I, 224, 9.

(4) Wachsmuth, *Europ. Sittengesch.*, V, 1, 357. Schubert, *Gesch. der Seele*, (4) II, 259. Petry, *Anthropologie*, I, 319. Elsberg (*Die Blutgræfin*, 1894) atenúa mucho su culpabilidad.

que no sabe cómo alguien pueda decir con tranquilo corazón: Jamás cometeré ese crimen. No estamos formados de otro barro que esos monstruos; no pensamos que Lombroso y Ferrero pretendan hacernos creer que, por su naturaleza, estaban aquellos predestinados á cometer sus crímenes. Muchos de ellos tenían tan nobles y excelentes dones, que fácilmente habrían podido ser ornamento de nuestra raza. Nadie tal vez estaba más convencido que el débil y tímido Robespierre de no ser un Nerón, y, sin embargo, lo fué. Nerón mismo no carecía de buenas disposiciones, y durante mucho tiempo no dejó pasar, sin aprovecharla, ninguna ocasión que le permitiese dar pruebas de bondad, de dulzura y de generosidad.⁽¹⁾ Sila el sanguinario era, á juzgar por el exterior, un hombre distinguido, casi transparente, tenía cara de jovencita, y sabía ganarse todos los corazones por sus buenos modales, su afabilidad, su servicial carácter y su naturaleza espiritual. El execrable Timur, uno de los mayores destructores de hombres, era enemigo jurado de toda adulación y mentira; escuchaba la verdad aunque le hiciese daño el oírlo; era muy reservado en palabras, hasta modesto, y le agradaban las artes, las ciencias y la observancia de las leyes. También Iván el Terrible es celebrado como excelente político, como valeroso guerrero, como protector de las artes y como eximio legislador. La marquesa de Brinvillers, la primera de las envenenadoras, tenía, en su cuerpo delicado, una naturaleza dulce, modesta, y visitaba asiduamente los hospitales donde con verdadero celo cuidaba á los enfermos.

¿Quién podrá decir de sí que posee todas esas nobles cualidades ni que realice todas esas acciones que ilustraron á aquellas terribles plagas de la humanidad? ¿Quién no descubre más bien en sí mismo defectos y malas disposiciones de que ellos tal vez estuvieron exentos? ¿Quién se atrevería á prometerse que no caería tan bajo como ellos?

7. Los pecadores se separan por sí mismos de la humanidad.—Decimos esto, no para inquietar la conciencia

(1) Sueton., *Nero*, 10.

cia de los hombres que seriamente aspiren al bien, sino para que aquellos, á quienes choque la doctrina cristiana de la reprobación y del infierno, pongan la mano en su pecho y digan como tienen valor para sus negaciones.

Es terrible, dicen, pensar que un hombre será eternamente réprobo. En efecto, es terrible; pero, sin embargo, es muy natural que un réprobo sea rechazado, que sea separado de la humanidad cualquiera que vivió fuera de lo que es propiamente humano.

Cuando un cuerpo carece de fuerza para arrojar el veneno que quería expulsar, está perdido. Si la humanidad no quisiera expulsar á los desdichados que se han separado y se han puesto en contradicción con ella, sería una prueba de que ella misma estaba corrompida sin remedio.

La idea de verse obligado á formar parte de una sociedad que no tendría fuerzas para arrojar tales monstruos de su seno, nos pondría en la misma disposición de espíritu que Laconte, ó que los fugitivos en la caverna de las serpientes, ese relato de Bernardino Saint-Pierre que todos conocemos.

Sin embargo, la humanidad no necesita siquiera arrojarlos de su seno; ellos mismos se separan. Ocurre esto conforme á la misma ley psicológica seguida por Tiberio cuando se hacía voluntariamente invisible, y se separaba físicamente también de sus conciudadanos, de quienes estaba ya moralmente separado. Encuentran que no se les parecen los demás; sienten ellos mismos que no son hombres como los otros, que no son *ebennenschen* para servirnos de esta excelente expresión de la Edad Media. Por eso la separación se hace por sí misma. No hay duda en que frecuentemente es por la fuerza como debe ponerse fin á su unión exterior con el cuerpo de la humanidad, y con este objeto la justicia penal estableció la prisión, el destierro y la muerte; pero cualquiera que se ha endurecido contra sus deberes de hombre, en una contradicción premeditada y consentida, rompe él mismo los interiores lazos que le unen al verdadero espíritu de la humanidad.

¿Quién pondría en duda la posibilidad de ese hecho espantoso? Ya en Esquilo, Prometeo dice á Mercurio, ⁽¹⁾ que le ofrecía perdón de parte de Júpiter si confesaba su culpabilidad: «No pienses jamás que, aterrado por el consejo de Júpiter, me revista de sentimientos femeninos, y que implore como una mujer con manos suplicantes de ese Dios aborrecido ser libertado de mis cadenas. ¡No! lejos de mí ese pensamiento». De un modo semejante muere también el Don Juan de Molière, pronunciando estas palabras: «No sé lo que es temblar». ⁽²⁾ Así habla igualmente el duque de Gothland en Grabbe: «Lo que hice, hecho está; fuí injusto fratricida; tengo que seguir siéndolo. Es inútil arrepentirse de lo hecho». ⁽³⁾ Y el Manfredo de Byron va á la muerte lanzando esta bravata al mal espíritu: «He sido mi propio destructor, y en lo porvenir también lo seré». ⁽⁴⁾

Todos estos criminales hablan como el mismo Satanás en Milton: «El espíritu es para sí su propia morada; puede en sí hacer del cielo un infierno, y de éste un cielo. ¿Qué importa donde resido, si siempre soy el mismo, ni lo que seré, con tal que no sea jamás el esclavo de quien únicamente debe la victoria á sus rayos? ⁽⁵⁾ ¿Por haber perdido el campo de batalla lo hemos perdido todo? Aun nos queda una voluntad inflexible, un ardiente deseo de venganza, un odio inmortal, y un valor que no sabe ceder ni someterse. ¡Bajar yo la cabeza, pedir gracia de rodillas, reconocer como soberano á quien el terror de este brazo hizo vacilar en su trono y poner en duda su imperio! ¡Qué vergüenza, qué ignominia, qué afrenta, mil veces peor que nuestra derrota! ⁽⁶⁾ Es mucho mejor reinar en el infierno que ser vasallo en el cielo. ⁽⁷⁾ Me glorío de ser llamado su enemigo». ⁽⁸⁾

(1) Esquilo, *Prometheus*, 1002 y sig.

(2) Molière, *Don Juan*, 5, 5.

(3) Grabbe, *Hertzog Theodor von Gothland*, 3, 1.

(4) Byron, *Manfred*, 3, 4.—(5) Milton, *Paradis Perdu*, 1, 254 y sig.

(6) *Ibid.*, I, 106 y sig., 110 y sig.

(7) *Ibid.*, I, 263 y sig.—(8) *Ibid.*, X, 386 y sig.

8. Necesidad del infierno.—En su virtud, no podemos negar la necesidad de un lugar en que vuelvan á encontrarse todos los que se han separado de la humanidad, es decir, un infierno.

Si Dios no hubiera creado un infierno, lo crearían ellos mismos, los que se han reprobado; ó mejor, no es Dios quien hizo el infierno, sino que fueron los réprobos mismos. Es necesario que vuelvan á encontrarse en alguna parte; no quieren estar en el lugar en que deberían; de ese modo deben estar en un sitio que escogen ó crean ellos mismos, y sólo pueden escoger el que les conviene.

Cuando Lesage estaba á punto de morir, el sacerdote, á cuyas palabras sólo contestaba con burlas, le amenazó al fin con el fuego del infierno. Se puso entonces á reír con toda su alma y exclamó: Creo que me encontraré tan bien en el fuego del infierno como el pez en el agua. Dícese que expiró pronunciando esas palabras. En cuanto á nosotros, no podemos creer, sin pruebas convincentes, que haya muerto hablando así un anciano de ochenta años; verdad es que nuestro Pückler-Muskau tenía aun seis años más cuando, en su lecho de muerte, le hacía mucha gracia aquella contestación. ⁽¹⁾

Que esas palabras puedan ser probadas ó no, poco importa; en todo caso encierran mucho de verdad. Hombres que pasaron la vida en el pecado deben, según todas las reglas de la justicia, de la lógica, de la metafísica y de la sociología, ocupar un lugar especial. Nada tiene reposo hasta llegar al sitio que le conviene; cada ser aspira á ocupar el que le es propio y á permanecer en él. ⁽²⁾

Por esta razón, los seres que se parecen se encuentran siempre. ⁽³⁾ Los corderos no son una sociedad á propósito para hienas, y la hiena se encontraría muy mal en la vecindad de los corderos, si no se le permitía aplacar con

(1) Janssen, *Zeit und Lebensbilder*, (1) 121.

(2) Aristóteles, *Natural auscult.*, 4, 1, 4, 5 (7), 5; *Gener. et corrupt.*, 2, 8, 5; 10, 9.

(3) Aristót., *Coel.*, 4, 3, 2, 3.

ellos su sed de sangre; por eso cuando agotó su energía matando y la luz disipa las tinieblas, se apresura á ir allí donde encuentra el sitio que le conviene, en la oscuridad de las cavernas solitarias. Allí se reúnen, sin haberse puesto de acuerdo, todos los seres que tienen instintos semejantes á los suyos, aunque durante la noche, cuando libremente vagan, hayan recorrido caminos opuestos.

Así es como la humanidad no podrá jamás curarse si tales monstruos no son expulsados de su seno; pero tampoco ellos podrían encontrarse bien si tuviesen que estar en la sociedad humana, donde no pudieran ya ejercer su actividad según desean. Y ese momento llegará algún día, si no retroceden en la vía que emprendieron. Para cada uno viene la noche, en que ya no puede obrar. ⁽¹⁾ Entonces los desgraciados que se han separado de la humanidad por sus propios actos, que se han separado de Dios, que es el único sitio natural del hombre, su refugio y su lugar de descanso, ⁽²⁾ se reunirán en el único punto que les quedará cuando aparezca la eterna luz; en el lugar tenebroso que, conforme á su naturaleza, busca el pecado, ⁽³⁾ en una palabra, en su lugar propio. Así está escrito del traidor por excelencia con brevedad terrible: «Fué á su lugar». ⁽⁴⁾ Todos los que marcharon por vías diferentes, separándose de Dios y de la humanidad, volverán á encontrarse en el mismo sitio; no en el de Dios, no en el de la humanidad, sino en el propio de ellos. «Á este sitio llegan, de todos los países de la tierra, los que mueren en la cólera de Dios. Son atormentados por la necesidad de pasar el río, porque la justicia divina los hostiga, y su temor se convierte en deseo». ⁽⁵⁾

9. Los tormentos del infierno: ¿por qué deben ser eternos?—¿Qué pasará allí? Inútil es describirlo con esa

(1) Juan, IX, 4.

(2) Agustín, *Enarr. in ps.*, 30, 4, 8; 70, 1, 5. Greg. Magn., *Mor.*, 4, 67; *in Ezech.*, 1, 9, 22.

(3) Greg. Magn., *Mor.*, 9, 95, 97.

(4) Act. Ap., I, 25.

(5) Dante, *Inferno*, 3, 122 y sig.